

EL DIALOGO NUMERO 100

«La clave», uno de los mejores programas de nuestra minipantalla, celebró el sábado su número 100 con un diálogo sobre el diálogo, que es como rizar el rizo de todo el vuelo cetrinario. Porque todos sabemos que estar en el aire «La clave» ha sido ejercicio difícil, que ha sabido llevar con mucha mano izquierda José Luis Balbín. Pero la vedette de aquel diálogo sobre el diálogo fue Antonio García Trevijano, notario y político que, después de preparar la ruptura y la reforma quedó compuesto y sin acta de parlamentario, descolgado con Calvo Serer de la participación democrática. Por estas y otras frustraciones, para García Trevijano esto no es una democracia y ni el número 100 de este programa, ni los cien diálogos anteriores han sido verdaderos diálogos. El diálogo en vez de ser un medio de entendimiento es para él, un fin de la de-

mocracia. O sea, como en los laberintos de Pirandello en los que al final, muchas veces, tampoco se encuentra la salida. «Esto no es diálogo —vino a decir el sábado García Trevijano— ni se sabe dialogar a no ser que se acepte lo que yo diga». Amén.

En este país, al decir de este ilustre notario y redactor de Constituciones, no ha habido diálogo y no estamos por ello acostumbrados a ejercitarlo, cuando lo único que había cuando no había libertad, era racio-namiento y diálogo, en la superficie o en el underground, y hasta la propia indignación era un diálogo íntimo con la dura realidad. La única manera de evitar el diálogo es frustrarlo, desviarlo, monopolizarlo con un monólogo, como hizo en ese programa el señor García Trevijano. Cayó en la misma trampa que él nos estaba tendiendo.

RIOJA